

CAPITULO XIV

Costa Rica declara la guerra a Walker

Tal vez los democráticos nicaragüenses no tuvieran enemigo más acérrimo que el señor Luis Molina, encargado de negocios de Costa Rica en Washington. Ellos lo habían expulsado de Nicaragua, y el rencor que en su corazón habían impreso los maltratos sufridos le duraba todavía. Su hermano Felipe se había desempeñado muy bien y por largo tiempo como ministro de su gobierno en Estados Unidos, habiendo llegado a ser decano del cuerpo diplomático en Washington. Como hombre educado en Filadelfia conocía bien los entresijos de la política americana y mantenía a su gobierno muy al tanto de lo que urdían los simpatizantes del destino manifiesto. A la muerte de Felipe le sucedió su hermano y suplente, el también antidemocrático Luis. Los oficios de éste a su gobierno deben haber sido, si su tono armonizaba con el de sus notas diplomáticas a Marcy, sumamente pesimistas. Ya se ha aludido a sus protestas y se han citado algunas líneas de ellas. En nota del 6 de diciembre de 1855 a Marcy, por ejemplo, se refiere a la invasión de Walker a Nicaragua calificándola de "un gran crimen complejo, multiforme, fraguado y comenzado a ejecutarse dentro del territorio de Estados Unidos y continuado sin interrupción en el ajeno por ciudadanos norteamericanos, con recursos, ayuda y, hasta cierto punto, con la fuerza moral de la nación norteamericana, contra la vida de estados pacíficos y amigos". Si los aventureros "son negados hoy por el gobierno, ellos esperan, no sin fundamento, ser mañana recibidos con los brazos abiertos, vestidos de gala para la anexión, y

ser ensalzados, y legitimado su botín". Dos semanas más tarde en otra nota llama a los aventureros de Walker "desperdicios de Europa americanizados". (1). Despachos del mismo carácter que envió a su gobierno fueron reproducidos en extracto, aunque con ciertas variantes, en el **Boletín Oficial**.

El Presidente de Costa Rica, don Juan Rafael Mora, demostró también desde muy al comienzo resuelta hostilidad contra los filibusteros. Desde 1850 gobernaba al país en un ambiente de paz octaviana. (2). Era él un comerciante modesto, sencillo, de agradable trato y enorme popularidad; llegó a la presidencia de escasamente treinta y seis años. Acababa de ser reelegido cuando supo que Walker había tomado Granada. Existiendo como existían entre ambas repúblicas celos y animosidad, Mora pudo haber adoptado una política de abstención, pero tres razones había para que Costa Rica mirara alarmada el movimiento filibustero en Nicaragua. En primer lugar, en el país predominaba el partido conservador, y lógicamente se oponía a que fuerzas extranjeras llegasen en ayuda de la facción liberal, de una república vecina. Después del convenio del 23 de octubre, gran número de legitimistas irreconciliables huyeron a Costa Rica en donde fueron bien acogidos. Sus relatos de las fechorías cometidas por los filibusteros acentuaron el odio del pueblo contra los invasores. En segundo lugar, Costa Rica había disfrutado de mayor grado de tranquilidad política que sus vecinos, gracias a lo cual tenía un concepto más profundo del nacionalismo. Le alarmaba por consiguiente, la idea de que la invasión pudiera conducir a la americanización de una parte del istmo, puesto que bien podría ser ello el primer paso de la pérdida de su propia nacionalidad. Finalmente, sacando partido de la turbulencia reinante en Nicaragua, Costa Rica bía concebido el ambicioso plan de hacerse de la ruta del Tránsito apoderándose de más territorio a lo largo del Río San Juan. De modo pues que se llevó un amargo chasco cuando

(1) Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Indices y Archivos.

(2) De Octavio, sobrino-nieto de Julio César y primer emperador de Roma. (N. del T.).

esa región cayó prácticamente en manos de los filibusteros. La incesante cruzada de agitación que Costa Rica emprendió contra Walker animó a seguir las huellas de los primeros legitimistas a muchos nicaragüenses descontentos que habían huído a refugiarse allá.

Walker, como queda dicho, hizo extraordinarios esfuerzos por atraerse a esa república. Pero el haber escogido a Schlessinger —siendo como era para él un desconocido todavía— para tan importante misión, no es cosa que hable bien de su sensatez; por otra parte, el resultado habría sido siempre el mismo mandara a quien mandara, pues los comisionados fueron repulsados apenas pusieron pie en Punta Arenas, puerto de Costa Rica en el Pacífico. Mora convocó al congreso a sesión extraordinaria, el cual lo autorizó el 27 de febrero a empuñar las armas **en defensa de la república de Nicaragua, a defender también a sus habitantes** contra los filibusteros y a expulsarlos del suelo centroamericano. Lo autorizó asimismo a actuar por sí solo o en unión de los estados del istmo. El presidente lanzó en el acto un llamamiento para elevar el ejército nacional a nueve mil hombres, y comenzó a imponer contribuciones por un total de 100.000 pesos a fin de hacer frente a los gastos de guerra. (1). Declaró además la guerra a los filibusteros cuidándose al mismo tiempo de explicar que no era contra Nicaragua. Treinta y tres alemanes domiciliados en Costa Rica firmaron un acta de adhesión y ofrecieron sus servicios al gobierno. Parece que la generalidad de los extranjeros justificaba la guerra.

Mora notificó al cónsul americano en San José que por estar ocupados los vapores de la Compañía del Tránsito en transportar "bandidos", había ordenado la cesación del tráfico en el Río San Juan y en el Lago de Nicaragua, y que todo

[1] No se llamó a ésta una contribución forzosa, pero en vista de que las cuotas asignadas a las diversas provincias debía recaudar el gobernador de cada una de ellas con la colaboración de cinco ciudadanos nombrados por él, y que los ciudadanos con haberes de sólo una casa y menos de mil pesos quedaban exentos, parece que la contribución no tenía nada de voluntaria. Véase Montáfar, Págs. 219 - 22.

aquel que quisiera cruzar el istmo tendría que hacerlo por cuenta y riesgo propios. Le advirtió además, que todo americano que fuese cogido con las armas en la mano sería fusilado. Pero sucedió que mientras Mora anduvo en campaña ningún vapor llegó con pasajeros, de modo que no pudo poner en ejecución esa parte de su amenaza. Tan pronto como llegó a Marcy la notificación del bloqueo del río y del lago, envió instrucciones al cónsul americano para que hiciera saber al gobierno costarricense que Estados Unidos no admitía tal medida, y que Costa Rica debía respetar las leyes internacionales de guerra vigentes entre naciones civilizadas y no cometer barbaridades con los hombres de Walker, aun cuando, por abandonar su patria, pudiesen ser culpables de un leve delito. (1). Mora se puso personalmente al frente del ejército expedicionario dejando el gobierno en manos del vice-presidente, y el 3 de marzo inició en San José la movilización de sus fuerzas. (2). A fin de facilitar el enganche decretó que todos aquellos que sentaran plaza, de sargentos para abajo, quedaban automáticamente exentos de demandas y ejecuciones judiciales —mientras durare la campaña y un mes después de haber vuelto a sus casas— por deudas o contratos en que estuvieren comprometidos antes de su marcha a la frontera. Rivas replicó el 11 de marzo declarando la guerra a Costa Rica. Walker, por su parte, lanzó una proclama diciendo que el partido democrático de Nicaragua lo había invitado a ir allá, y que él y sus hombres estaban empeñados en luchar por los principios de la revolución de 1854; que había refrenado las malsanas pasiones de sus amigos democráticos actuando de amigable componedor entre ellos y sus adversarios; que el gobierno provisional había tratado de establecer relaciones amistosas con otras repúblicas y que su gestión había sido rechazada con burlas; que los legitimistas intentaban destruir al gobierno provisional ayudando a los enemigos que éste tenía en el exterior; y que ahora, en vista de todo eso, a los americanos no les quedaba otro ca-

(1) Senate Ex. Doc. 68, 34 Cong. 1 Sess.

(2) Montúfar, Págs. 224 - 47.

mino que declarar hostilidad eterna a los gobiernos serviles (2) de la América Central. Terminaba ordenando a la tropa adoptar y llevar como enseña la cinta roja de los demócratas. (2). Se tomó esta última medida a causa del proceder de los legitimistas, pero era prácticamente una declaración de guerra civil en Nicaragua, y así los filibusteros dejaron de ser paladines de un gobierno unido para volver a serlo únicamente de un partido. Esto puso a toda la familia centroamericana en pie de lucha contra el hombre que había declarado guerra eterna al partido dominante en esas repúblicas.

El 4 de marzo salió de San José la vanguardia de las fuerzas costarricenses al mando del General Joaquín Mora, hermano del presidente. Aun cuando el Presidente Mora había vociferado contra el empleo de extranjeros en el ejército nicaragüense, no ponía ahora reparos en utilizarlos en el suyo propio, y le fueron eficientísimos aliados. Un francés de apellido Marié, que odiaba a los americanos y había puesto su pluma vitriólica al servicio del gobierno para atacar a los filibusteros en el **Boletín Oficial**, acompañó a Mora al frente de guerra con el cargo de sub-secretario de relaciones exteriores. Otro, el oficial de zuavos Teniente Coronel Barillier, prestó inestimables servicios en la campaña. Agentes españoles también cooperaron con los costarricenses, no tanto por apego a sus vínculos raciales cuanto por celos de la expansión americana y al implícito temor que tenía España de perder a Cuba. (3). Los costarricenses caminaron hasta Punta Arenas y cruzaron el Golfo de Nicoya en botes, algunos de éstos facilitados por el capitán de un buque mercante surto en la bahía. Mora envió también un destacamento al Río Sarapiquí, tributario meridional del San Juan, con el propósito de desalojar a un retén de filibusteros acantonados en La Trinidad (Punta

(1) El partido servil de los otros estados correspondía al legitimista de Nicaragua.

(2) Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Índices y Archivos, Despachos, Nicaragua, II; **El Nicaragüense**, 15 de marzo de 1856; **La Guerra de Nicaragua**, Pág. 174, por Walker.

(3) Montúfar, Págs. 259 - 62.

Hipp de entonces), (+) paraje en donde se juntan los dos ríos. Estos filibusteros habían estado interceptando allí la correspondencia costarricense que del exterior llegaba por esa vía a San José, lo cual permitió a Walker enterarse de ciertas cosas interesantes relativas a las relaciones exteriores de Costa Rica. Era también objetivo de ese destacamento después de tomar La Trinidad, impedir que los vapores remontaran el río, para de esa manera hacer efectivo el bloqueo nominal decretado por Mora. El 10 de abril los costarricenses atacaron La Trinidad, y aunque fueron rechazados por los filibusteros que conservaron la posición, dijeron haber alcanzado una gran victoria que celebraron en todo el país. (1).

Al comienzo de las hostilidades Walker contaba con una fuerza de más o menos seiscientos filibusteros. Los últimos le habían llegado el 9 de marzo, dos días antes de la declaración de guerra, a bordo de uno de los vapores de la difunta Compañía del Tránsito y al mando de Domingo de Goicouría, patriota cubano que se alió a Walker cuando éste le prometió ayudar a la americanización de Cuba después que terminara la conquista de Nicaragua. Pasarían seis semanas antes de que le volvieresen a llegar refuerzos en los vapores de Morgan y Garrison. En estos días el cólera comenzó a ensañarse también en los filibusteros de Granada llevándose a algunos de sus mejores oficiales como fueron Gilman y Davidson, veteranos de la invasión a Baja California. Y con el fin de obtener el apoyo de los demócratas Walker adoptó no sólo la cinta roja sino que consintió en trasladar la capital a León. Relevantes demócratas volvieron entonces a unir sus lazos con él. Jerez, que había renunciado a su puesto en el gabinete cuando Walker se negó a prestarle ayuda a Cabañas, aceptó el ministerio de la guerra, y dos demócratas más fueron nombrados también miembros del gabinete. (2). Para evitar re-

(+) La Trinidad fue bautizada con ese nombre en honor del General José Trinidad Muñoz, quien llegó y fortificó ese lugar en 1848 cuando la ocupación inglesa de San Juan del Norte. (N. del T.).

(1) Montúfar, Págs. 309 - 12.

(2) Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Indices y Archivos, Despachos, Nicaragua, II.

trasos en los negocios públicos ocasionados por el traslado de la sede del gobierno a León, se dejó en Granada a Fermín Ferrer con facultad para atender los asuntos de carácter gubernativo en los departamentos de Granada y Rivas, zona oriental y meridional esta última que era el centro de las hostilidades. Tal disposición creaba en la práctica dos gobiernos. Al llegar a León el presidente Rivas mandó publicar un bando haciendo saber que el traslado de la capital a esa ciudad tenía por objeto estar más cerca de los gobiernos de Honduras, El Salvador, y Guatemala, con los cuales deseaba cultivar relaciones amistosas. Esto contrasta extrañamente con la proclama de Walker jurando enemistad eterna a los gobiernos conservadores de la América Central. Walker astutamente sospechó que el plan de hacer a León capital de la república era en gran parte fruto del deseo de dividir geográficamente al país para de esa manera debilitar su dominio sobre el territorio. El 12 Walker mandó a Guanacaste, en Costa Rica, un batallón de cuatro compañías para enfrentarse a la invasión. Dio el mando de la tropa a Schlessinger, como bálsamo a su amor propio herido cuando fue desairado en su viaje de comisionado, y por esto Walker creyó que su resquemor le haría pelear con más denuedo. De las cuatro compañías una era de franceses solamente y la otra de alemanes. Formaba la mayoría de la tropa gente bisoña llegada tan solo tres días antes; apenas unos pocos sabían algo de milicia. Dice Walker que Schlessinger era el único de sus oficiales capaz de hablar a todos sus hombres en su propio idioma, y que ésta fue una de las razones que tuvo para darle la jefatura. Había además otra razón, la cual él no da, para enviar a esos novatos en tan largo viaje. Y era que sus otros hombres estaban debilitados por el clima, las fiebres, la disentería, el cólera, y los vicios, y él quería utilizar a los reclutas frescos antes que perdieran sus bríos a causa de aquéllo. Mas el resultado fue desastroso. Schlessinger no tenía dotes de jefe militar. En el camino no llevó nunca avanzada ni tomó precauciones. Su batallón estaba apenas mejor organizado que una simple turba. El 20 de marzo, estando treinta millas dentro de territorio costarricense, Schlessinger fue repentina-

mente atacado en la hacienda Santa Rosa por la vanguardia del ejército de Mora. El ataque lo tomó de sorpresa; los alemanes echaron a correr y en seguida los franceses, sin que de nada valieran los esfuerzos de los oficiales americanos para que sostuvieran el punto y repelieran la embestida. En cinco minutos toda la tropa, con su jefe a la cabeza, iban en desbandada corriendo por los montes al que más. Schlessinger fue después sometido a consejo de guerra por cobardía y sentenciado a morir fusilado, pero logró fugarse. Unos cien hombres perdió Walker en esa batalla. Mora, cuando el grueso de su ejército llegó a Santa Rosa, cumplió su amenaza sometiendo a consejo de guerra a todos los prisioneros; y fueron ejecutados, incluso los heridos. (1). Llevaba consigo una imprenta que utilizó para expedir un decreto diciendo que todo filibustero tomado con las armas en la mano sería fusilado, pero que quien no las hubiese empleado contra Costa Rica y las depusiera voluntariamente sería perdonado. (2). Este decreto se publicó en inglés, francés, alemán y español, y como apéndice y severa advertencia aparecía la lista de los prisioneros ejecutados en Santa Rosa. (3). Los sobrevivientes del desbarate fueron unos tras otro llegando a La Virgen; y pasaron varias semanas para que el último volviera, pues muchos se habían perdido. (4). Y lo que llegaron contando abatió en extremo el ánimo de los filibusteros. El propio Walker, cuando recibió la infausta noticia, sufría de calenturas y de una inflamación en la cara, y en carta que en esos días escribió al Senador Weller de California se nota que él

- (1) **La Guerra de Nicaragua**, Págs. 175 - 8, por Walker.
- (2) Departamento de Estado, Oficina de Índices y Archivos. Despachos de Nicaragua, Manuscritos. Vo. II., contienen ejemplares del **Boletín del Ejército de Costa Rica**, 27 de marzo de 1856.
- (3) Uno de los prisioneros probó ser correspondal del **Delta**, de Nueva Orleans, llamábase Phillip E. Toothy. Aunque estaba herido no había peleado, y habiendo convencido a los costarricenses de que no era soldado le perdonaron la vida. **Herald**, de Nueva York, 1o. de mayo de 1856.
- (4) Unos cuarenta de los hombres de Schlessinger llegaron a San Juan del Norte en la mayor desgracia. Bajo amenazas obligaron a los porteños a darles de comer; los sanjuaneños pidieron protección al Capitán Tarleton, del barco de guerra inglés **Eurydice**. Entre los marineros del barco colectaron para pagarles los pasajes y sacarlos del país; el propio Tarleton contribuyó. Manuscritos del Departamento de Marina, Archivos, Flota del Caribe, II., Pág. 199.

también estaba sumamente deprimido. (1). Entre los americanos radicados pacíficamente en Nicaragua hubo entonces casi una estampida buscando cómo volverse a Estados Unidos. También esto abatió el espíritu de la tropa. Walker resolvió irse de Granada a Rivas con toda su gente. Pensó que así podría proteger mejor la ruta del Tránsito que parecía el objetivo de Mora y, por otra parte, tal movimiento causaría impresión entre la ciudadanía nicaragüense que, al verle avanzar en busca del enemigo, pensaría que lo de Santa Rosa había sido un revés sin importancia. En Rivas reorganizó Walker como pudo las diezmadas compañías con los derrotados que poco a poco iban llegando, y desde ese momento dispuso no volver a formar compañías con gente de otras nacionalidades. En consecuencia, dio de baja a todos los alemanes y franceses. Contaba él con unos cuatrocientos americanos bien entrenados; el resto tenía sólo un incompleto equipo de campaña o nada. Muchos de los fugitivos de Santa Rosa habían botado sus armas, y algunos llegaron sin sombrero y sin zapatos. En suma, nada de confortante tenía el espectáculo de quinientos hombres, sin esperanzas inmediatas de recibir refuerzos de Estados Unidos debido a la tardanza de Morgan y Garrison en establecer su línea del Tránsito, preparándose a resistir una invasión de cuatro mil hombres a quienes los hijos del país probablemente recibirían bien y les ayudarían. El Presidente Rivas mandó decirle a Walker que en los otros estados centroamericanos existía un movimiento general para secundar a Costa Rica. El desaliento común empujó a muchos oficiales a la bebida y los holgorios menoscabando la disciplina con el mal ejemplo. Entre los disolutos se contaba Norvell, capitán y hermano de Walker, quien lo degradó a soldado raso. El castigo produjo buen efecto. El 30 de marzo, recién llegado a Rivas, Walker pasó revista a la tropa en la plaza y les habló de manera termi-

(1) "Hasta ahora", le escribió, "tenemos en contra los factores morales. El gobierno del que esperaríamos apoyo y aliento nos ha tratado con desdén; ni siquiera nos ha estimulado deseándonos "buen viaje". Sólo nuestro sentido de la justicia de la causa en que estamos empeñados, y de su importancia para nuestro país de origen, nos ha hecho luchar para llegar al punto en que nos encontramos". *Cong. Globe*, 34 Cong., 1 Sess., Págs. 1070 - 2.

nante y clara. Les hizo ver que el peligro en que estaban les exigía ponerse a la altura de las circunstancias; no contaban en el mundo con ningún gobierno amigo; habían sido traicionados por aquellos a quienes habían ayudado; se encontraban solos y sin nada en que apoyarse sino en la justicia de su causa. La alocución fue corta y carente de relumbros retóricos, pero reavivó el desfallecido ánimo de los filibusteros. (1).

Mora avanzaba hacia la frontera cuando supo la llegada de Walker a Rivas. Entonces paró a cierta distancia para observar la actitud de Walker, pero éste, sin haber podido obtener información fidedigna acerca del número de la fuerza costarricense, decidió volverse a Granada. Tomó esta resolución debido a que el presidente provisorio Rivas le avisó desde León que le tenían preocupado los diarios rumores de una invasión por el Norte. Los planes de una invasión por ese nuevo frente eran la respuesta a la irreflexiva declaración de guerra lanzada por Walker a todos los gobiernos conservadores de la América Central. Su salida de la ciudad de Rivas teniendo al enemigo en frente pareció también una locura, y al general De Goicouría que le pidió dejarlo allí con un destacamento para observar los movimientos del enemigo y hostigarlo, le dijo ásperamente que no se metiera en lo que no le competía. Así pues, los filibusteros abandonaron Rivas después de sólo seis días de ocupación. Embarcóse a los hombres en un vapor del lago para llevarlos a la boca del Río San Juan con el propósito de hacer creer que se iban del país o que se proponían atacar por otro frente a Costa Rica. El enemigo creyó lo primero, de manera que no estorbó su partida. Llegado que hubo Walker a la boca del río viró poniendo proa hacia Granada, mientras que los costarricenses, imaginándose ya dueños por completo de la zona, se apoderaron de la ruta del Tránsito y se acuartelaron en Rivas. Al llegar a la bahía de La Virgen rodearon el edificio de la Compañía del Tránsito, asesinaron a nueve empleados y bol-

(1) *La Guerra de Nicaragua*, Págs. 180 - 2, por Walker, *Herald*, de Nueva York, 9 de mayo de 1856.

searon sus cadáveres, saquearon la bodega, pegaron fuego al muelle de la compañía, y gritaron muerte a los americanos. (1).

Al llegar Walker a Granada supo del avance de Mora y encontró además cartas de León diciéndole que la amenaza de invasión por el Norte se había disipado. Acto continuo dispuso contramarchar sobre Rivas. En el camino se topó con la guarnición nicaragüense que había dejado en esa ciudad. Su jefe se había pasado a Mora, pero siguieron a un cubano que permaneció fiel a Walker. Sus fuerzas sumaban cerca de seiscientos hombres. A las ocho de la mañana del 11 de abril llegaron a los arrabales y comenzaron el asalto de la ciudad. Los costarricenses no esperaban ser atacados a esa hora, aunque sí sabían de la proximidad del enemigo; fue pues una sorpresa. Los filibusteros entraron por cuatro diferentes puntos, y en su rápido avance se apoderaron de la plaza y de las casas circunvecinas. Pero apenas llegados al centro de la ciudad se dieron cuenta de que los rodeaban fuerzas superiores protegidas tras de gruesas paredes de adobe. Aunque habían sorprendido al enemigo, los filibusteros estaban en la boca del lobo. Sin artillería jamás podrían desalojar a los costarricenses de las casas circundantes, de modo que no podían avanzar ni retroceder. De los techos de las casas tiraban los defensores granizadas de balas sobre los asaltantes que osaban sacar la cabeza. Estos, viéndose como dentro de una ratonera, se amilanaron y no se atrevían a irrumpir en las calles en dirección al cuartel general de Mora, como Walker quería que hicieran. Sus oficiales, en cambio, se exponían temerariamente al nutrido fuego siendo por esto grande la matanza de ellos. Pero los rifles americanos no se estuvieron ociosos tampoco; mataron a doscientos costarricenses e hirieron a cuatrocientos. Walker perdió ciento veinte entre muertos y heridos.

[1] Senate Ex. Doc. 68, 34 Cong., 1 Sess. Por este ataque de los costarricenses a la propiedad y personas americanas Estados Unidos pidió reparación.

A medio día el tiroteo amenguó. Los costarricenses incendiaron varias casas de los alrededores de la plaza ocupadas por los filibusteros, y mantenían además fuego graneado por todos lados para impedirles comunicarse entre sí. Al entrar la noche Walker reunió a los heridos en una iglesia de la plaza y junto al altar mayor dejó a los que por estar de muerte no podía llevarse. Trajéronse caballos para los levemente heridos, y entonces, al amparo de las tinieblas de media noche y gracias a que los costarricenses estaban desmayados de fatiga, pudieron los filibusteros salir de la ciudad. Al amanecer los hombres de Mora no se habían dado cuenta aún de la escapatoria de los invasores. Norvell, el hermano de Walker, se durmió en la torre de la iglesia abandonada tan calladamente por sus compañeros que no se despertó. Grande fue su sorpresa al verse solo, pero se las ingenió para escabullirse de la ciudad sin ser visto, pues que a esa hora los costarricenses todavía temerosos de los rifles americanos capeaban el bulto detrás de las paredes. A unas millas de Rivas el dormilón alcanzó a la retaguardia. (1). Cuando al fin los costarricenses se dieron cuenta de la retirada del enemigo, entraron en la iglesia y degollaron a los heridos que encontraron cerca del altar; también fusilaron a diecisiete prisioneros. (2).

La campaña había probado hasta aquí que Walker poseía valor personal pero no cualidades de general. El abandonar la ciudad de Rivas con el enemigo al frente permitió a éste apoderarse de la ruta del Tránsito y destruirle de

- (1) **La Guerra de Nicaragua**, Págs. 191 - 7, por Walker; Montúfar, Págs. 325 - 30.
 (2) Esto lo dice sin embages el crítico más hostil a Walker. Ver **Memorias**, por Pérez, Parte 2, Pág. 48. También Mora, en su parte de guerra, admite haber dado orden de bayonetear a los heridos. Ver Montúfar, Pág. 331. La batalla inmortalizó a un soldado raso costarricense llamado Juan Santamaría. En lo más enconado de la lucha el General Cañas pidió un voluntario para ir a pegarle fuego a una casa desde los filibusteros estaban causando mucho daño. Aunque la hazaña significaba una muerte casi segura, Santamaría se ofreció rogando a sus compañeros no olvidarse de su madre. Con una tea en la mano corrió, llegó, y le pegó fuego al alero. Una bala le dio en el brazo derecho; se pasó la tea al izquierdo y siguió pegándola a la casa hasta que otra bala lo dejó tendido. Sus compatriotas levantaron un monumento a su heroísmo. Véase **Las Fiestas del 15 de Septiembre de 1895 Celebradas con Motivo de la Inauguración del Monumento Nacional Erigido en San José a los Héroes del 56 y 57**, Pág. 28. (San José).

momento sus vías de comunicación, por no decir nada de la matanza de americanos inofensivos en La Virgen. Después de desamparar la ciudad que debió defender, y de permitir que el enemigo se hiciera fuerte en ella, hizo caminar a sus hombres cincuenta millas y los lanzó al asalto teniendo cinco veces menos gente que los costarricenses parapetados detrás de paredes de adobe. Los filibusteros atacaron con sólo rifles y revólveres. Si bien Walker infligió a los otros un número de bajas cinco veces mayor que las sufridas por él, cada uno de sus hombres que perdió valía mucho más para él que para Mora la falta de cinco de los suyos. Tuvo suerte de poder salir del brete en que se metió.

Pero si Walker no era un buen general, Mora no llegaba siquiera a soldado. No solamente se dejó sorprender, sino que después de contener y rechazar el ataque no supo perseguir al enemigo en retirada. (1). En vez de haber hecho eso se quedó en Rivas que en el mejor de los casos era sólo una ciudad malsana, y demostró no tener siquiera conocimientos primarios de la ciencia sanitaria para sepultar o quemar los cadáveres putrefactos que fueron arrojados precipitadamente en los pozos de las casas, contaminando de esa manera el aire y las aguas. El 15 envió a San José el parte de una gloriosa victoria, pero al mismo tiempo prohibía a sus soldados escribir a sus casas. "A cada momento", decía su parte de guerra, "llegan prisioneros sanos y heridos. Hasta el día se han fusilado diecisiete. En resumen, nuestras pérdidas, con los heridos que pueden morir, no pasará de ciento diez hombres contando los jefes. La del enemigo no baja de doscientos incluyendo los fusilados". Informaba además que Walker había atacado con mil doscientos o trescientos hombres, en tanto que sus fuerzas eran de igual número o quizá menos

(1) Dice Pérez: "El señor Mora abundaba en patriotismo y en noble ambición, pero no era militar". Tomado de sus *Memorias*, Pág. 49 de la Parte 2. Montúfar, en Pág. 331, agrega: "El señor Mora no era militar, su carrera había sido el comercio. Si se tienen presente las cualidades que deben tener los oficiales generales y superiores para el mando de los ejércitos, no los encontraremos en ninguno de los militares que servían a Centro América en ese período histórico". Dice también de Mora que no era soldado, pero sí un comerciante patriota y muy popular.

por las guarniciones que tenía en La Virgen, San Juan del Sur y otros acantonamientos. (1). Parece extraño que después de decir que sus bajas fueran tan pocas, pase a explicar que no salió en persecución de Walker porque sus hombres estaban agotados, y era necesario atender a los heridos. El mismo se contradice.

A pesar de los altisonantes partes de una victoria y de la prohibición a los soldados de escribir a sus casas, la noticia de las grandes pérdidas sufridas por Mora se coló y causó mayor zozobra entre el pueblo que si se hubiera dicho la verdad desde el principio. El Doctor Lorenzo Montúfar, historiador costarricense, que trabajaba en la redacción del **Boletín Oficial**, describe por propia experiencia la forma gradual en que esa publicación dio la noticia al pueblo. (2).

El cólera apareció pronto en Rivas raleando las filas costarricenses con mejor puntería que los más diestros rifleros de Walker. Las condiciones insalubres ya dichas contribuyeron a propagar la pestilencia; la mortandad fue espantosa. También llegaron noticias de que en Costa Rica estaba a punto de estallar una revuelta contra Mora. Y a medida que se iban divulgando poco a poco los datos del verdadero número de muertos y heridos del 11 de abril, el júbilo del triunfo se trocaba en duelo por los caídos. La guerra les era ya una carga muy pesada, y se gestaba una revolución. Mora corrió de vuelta a San José dejando a su cuñado el General José María Cañas al mando de las tropas. Pero siendo los rigores de la peste inaguantables, Cañas no vio otro camino que dictar las medidas pertinentes para abandonar la flagelada ciudad y volverse a toda prisa a su país con los sanos y fuertes que le quedaban. Y entonces ocurrió algo maravilloso: los que antes no daban cuartel se vieron obligados a pedirlo. Cañas envió una atenta carta a Walker rogándole asistir a los enfermos que se veía forzado a dejar en cama. Extraño era en verdad que aquellos mismos cos-

(1) Montúfar, Págs. 325 - 27.

(2) Montúfar, Págs. 342 - 5.

tarricenses que habían bayoneteado a los heridos y fusilado a sus prisioneros pidieran ahora favores al hombre que acusaban de bandido. "En honor a la verdad", dice Pérez, historiador parcial, "debemos decir que Walker trató con humanidad a los soldados que le fueron recomendados". (1). A ningún americano extrañará, desde luego, que Walker acabara en este caso dictados de pura y simple humanidad, pero sí sorprende que Cañas esperara que un "pirata" y "bucanero" pagara con una buena acción el mal que le habían hecho. En el camino de regreso a su patria Cañas dejó un reguero de muertos. Para reducir el contagio dividió su ejército en pequeños grupos, mas aún así se esparció la pestilencia a lo largo de toda la ruta que recorrieron. Más de quinientos cadáveres fueron sepultados en la playa de San Juan del Sur, en donde el oleaje y las mareas pusieron luego al descubiertos sus macabros restos; y muchos meses después todavía se veían en la arena blanquear los esqueletos bajo el sol. (2). Para mediados de mayo llegaron a sus casas los últimos sobrevivientes del ejército expedicionario que el 3 de marzo saliera con destino a Nicaragua. La epidemia seguía causando estragos. El vice-presidente de Costa Rica fue una de sus víctimas, y se calculó el total de muertes en diez o doce mil. (3). El obispo ordenó al clero costarricense rezar la oración **Pro tempore pestilientiae**, pero nada pudo hacer la devoción contra la peste.

El cólera apareció entonces con más virulencia en las filas filibusteras, aunque éstos parecían ser más resistentes a la peste que los nicaragüenses. La llegada de un vapor del Atlántico con pasajeros y doscientos filibusteros bajo la jefatura de Hornsby, quien por algún tiempo estuvo ausente en Estados Unidos, contrarrestó en cierto grado las pérdidas causadas por la guerra y por el morbo. Por desgracia, Morgan y Garrison no habían inaugurado todavía su servicio de vapores en el Pacífico, así que los pasajeros procedentes del

(1) *Memorias*, Parte 2, Pág. 51, por Pérez.

(2) *With Walker in Nicaragua*, Pág. 89, por Jamison.

(3) *A Travers l'Amérique Centrale*, Vol. I, Pág. 284, por Bely.

Este tuvieron que quedarse un mes en Nicaragua. Allí fueron testigos de los estragos ocasionados por la peste y por las fiebres, y hasta algunos de ellos dejaron sus huesos en aquella tierra extraña. Los otros, al llegar a California, dibujaron con tan sombríos tonos la situación de Walker, que muchos se abstuvieron de emigrar a Nicaragua dañando seriamente así la causa filibustera. Entre los últimos reclutas llegó James, el hermano más joven de los Walker; se le dio grado de capitán. Su carrera de soldado fue breve; una víctima más del cólera.

En los días de la invasión costarricense los legitimistas de Chontales y Segovia se alzaron contra el gobierno provisional, pero fueron fácilmente dominados. Goicouría con una compañía de batidores recorría las montañas y llanos chontaleños, mientras Valle, el indio aliado de Walker que era gobernador de Segovia, reprimía la oposición allí. Algunos legitimistas de Rivas se habían unido a los costarricenses; Walker ajustó cuentas con ellos también. El país, al parecer, estaba ya completamente pacificado. Walker sacó a sus tropas de Granada que era por entonces foco del cólera y de las fiebres para acuartelarlas en La Virgen. El cólera apareció allí también, pero el lugar era más saludable que Granada. De La Virgen destacáronse partidas de filibusteros a todos los rincones del departamento de Rivas para infundir confianza en las fuerzas del gobierno.

La guerra era ya cosa del pasado y la balanza parecía positivamente inclinada a favor de Walker. Había repuesto sus pérdidas con los refuerzos últimamente llegados; el enemigo se había retirado y no estaba en condiciones de volver a la carga. Los únicos adversarios dignos de temer por el momento era el cólera y las fiebres. Sin embargo, dos cosas afligían todavía grandemente a Walker. Randolph, a quien desde la revocación del contrato de la Compañía del Tránsito immobilizaba una grave enfermedad en El Realejo, pudo al fin salir de allí rumbo a Nueva York y al pasar por La Virgen dijo a Walker que algo malo se tramaba en León, sede ahora del gobierno.

Su otra causa de inquietud era menos inmediata, pero siempre motivo de gran preocupación. Recién declarada la guerra por Costa Rica, Walker interceptó en La Trinidad, al ser llevada por el Río San Juan, la correspondencia de Inglaterra a San José. De esa manera se adueñó de una carta de E. Wallerstein, Cónsul General de Costa Rica en Londres, en la que informaba a su gobierno que el Departamento de Guerra de la Gran Bretaña estaba dispuesto a venderle armas a Costa Rica, dejando a voluntad de este país la fecha de cancelación. Y en carta personal a Mora decía Wallerstein: "Mucho se alegró Lord Clarendon cuando le hice saber que Costa Rica tenía ya un ejército de ochocientos hombres en la frontera; me dijo que ese era un buen paso. Estoy seguro de que por habérselo dicho fue que nos dio los fusiles". (1).

Hoy sabemos de este asunto más de lo que Walker pudo saber jamás. El 5 de enero el cónsul de Costa Rica solicitó armas para Guatemala, y el 12 del mismo mes pidió dos mil fusiles para su propio país que "los necesita para armar a su pueblo contra cualquier agresión a la patria". Los fusiles serían pagados "en el más corto tiempo posible, tomando en consideración los esfuerzos que al presente hace Costa Rica". Ambas solicitudes fueron concedidas, y se dejó al criterio del cónsul escoger entre dos modelos de fusiles de cañón liso. En seguida escribió al superintendente de la fábrica de armas ligeras, en Enfield, pidiéndole consejo acerca del modelo más conveniente. Le contestó el 4 de marzo de 1856 diciéndole: "Puesto que las tropas de Mr. Walker, de las cuales ustedes tal vez tengan que defenderse, están probablemente armadas, todas o en parte, de rifles, cometería yo un error si le aconsejara comprar otra cosa que no fuera un arma igual, y creo que el Gobierno de Su Majestad no se opondría a que yo seleccionara el modelo y cantidad necesarios de los fusiles de cañón liso; y podría también hacerme cargo de que aquí estriaran sus cañones en espiral y se les pusiera una mira

(1) **La Guerra de Nicaragua**, Págs. 168 - 9, por Walker; Manuscritos del Departamento de Estado, Oficina de Indices y Archivos, Despachos, Nicaragua, II.

adecuada, cuyo trabajo costaría, incluyendo las reformas necesarias, 16 chelines por fusil". Este solicitud oficial, Teniente Coronel M. H. Dixon, recomendó así mismo al cónsul comprar en los almacenes del gobierno inglés un millón de cartuchos con casquillos, bayonetas con vaina, y todo otro equipo que fuese necesario. El 18 de marzo el Departamento de Guerra aprobó la recomendación hecha por Dixon de que se estriasen los cañones de dos mil fusiles para el gobierno de Costa Rica. (1). Por supuesto que el gobierno británico tenía perfecto derecho a vender armas a cualquier otro gobierno, pero el caso es que la correspondencia capturada revela su franca hostilidad contra Walker. Por cierto que el 25 de abril un miembro de la Cámara de los Comunes preguntó a Lord Palmerston si era verdad, según se decía, que el gobierno tenía intención de enviar tropas a pelear contra Walker en Costa Rica. El interpelado respondió que no. (2).

Las negociaciones entre Inglaterra y Costa Rica no se limitaban en esos días a la venta de armas. El 22 de diciembre de 1855, Wallerstein dio cuenta a Clarendon de las invasiones de Walker y de Kinney a Nicaragua, señalándole la importancia que el istmo centroamericano tenía para Inglaterra; le decía además que Costa Rica estaba indefensa y que por simpatizar con Inglaterra había incurrido en la hostilidad de Estados Unidos. "¿Habrà de llegar la hora", terminaba preguntándose, "en que yo tenga que solicitar de la Gran Bretaña la adopción de medidas eficaces, fundadas en algún principio internacional, con arreglo al cual pueda extenderse el ala protectora de los poderosos aliados de Europa, y en especial de las grandes potencias marítimas, a jóvenes y relativamente débiles naciones y territorios, contra el sistema de agresión despiadada que tiene como fin retardar, si no arruinar, su porvenir de naciones civilizadas, y que ya se hace intolerable?" Una semana después Lord Palmerston recibía una insinuación similar de don Joaquín Bernardo Calvo, Ministro de Relaciones Exteriores de Costa Rica, quien

(1) *British State Papers*, XLVI., Págs. 784 - 5; 794, 796, y 803.

(2) *Hansard Debates*, 3a. serie, CXLI, Págs. 1536 - 9.

en términos concretos pedía que la alianza de Inglaterra y Francia no se limitara únicamente a la liberación de Turquía, sino que también abarcara hasta donde fuese necesario para defender al derecho contra la fuerza, o a la inocencia contra la injusticia. Pedía de igual manera el señor Calvo se mandara un barco de guerra inglés al Golfo de Nicoya con la misión de impedir la invasión de Costa Rica por el Océano Pacífico. El gobierno accedió a esto, pero haciendo astutamente saber que el barco visitaría la costa con el propósito de proteger las propiedades británicas. Wallerstein rindió las gracias por ello, añadiendo "la esperanza y los deseos de que esta protección incluya a las propiedades costarricenses". (1).

Difícil resulta rechazar la idea de que los celos británicos fueren en esa época, tanto en el Caribe como en Crimea, una rémora en la marcha de la civilización.

(1) *British State Papers*, XLVI., Págs. 786, 789, y 797.